

Corporalidades expuestas: sexo y espacio laberíntico en la literatura erótica contemporánea (sobre *Una vieja historia* de Jonathan Littell)*

Enzo Menestrina
Universidad Nacional de La Plata, Argentina



Jonathan Littell
Una vieja historia
Nueva versión



Las numerosas reflexiones en el campo literario centran su atención en torno de discusiones sobre algunos interrogantes: cuál es el alcance o expansión de las letras, qué se puede considerar como literatura y cuáles son los límites que determinan esa decisión. En tal sentido, cuando lo que se narra desborda los márgenes y se comienza a experimentar con otro tipo de lenguaje o recursos, el texto resulta altamente cuestionado. En este contexto, se considera pertinente abordar dos planos de análisis. Por un lado, la situación de que literatura erótica contemporánea tiene la intención de banalizar el sexo y distanciarse, en

* Littell, Jonathan (2018). *Una vieja historia*. Traducción de Robert Juan-Cantavella. Barcelona: Galaxia Gutenberg. 272p. ISBN 9788417355562.

gran medida, de su tradición literaria. Por otra parte, sucede también, que el hecho de escribir sobre los cuerpos y el acto sexual produce, aún hoy en día, diversos efectos en el plano de la lectura. Así, el lector experimenta una serie de estados diversos: incomodidad, perturbación, asombro, humor. Precisamente, lo que pretende la literatura contemporánea es descolocar al lector y permitirle salir de los márgenes de lo que se acostumbra a leer.

Este autor, Jonathan Littell, nació en New York en 1967. Es un escritor de ficciones franco-estadounidense. Su infancia transcurrió en Francia, donde su padre trabajaba, y sólo dejó este país para ingresar en la Universidad de Yale tras concluir sus estudios de bachillerato. Su novela *Las benévolas* (*Les Bienveillantes*, 2006), escrita en francés a los 39 años, fue galardonada con los premios *Goncourt* y *Grand prix du roman* de l'Académie Française de 2006. Gracias a ese título consiguió en 2007 la nacionalidad francesa por su «contribución a la brillantez de Francia», tras dos intentos infructuosos en 2006. Asimismo, esta novela le ha permitido seguir investigando paralelamente para la escritura de la obra *Lo seco y lo húmedo* (*Le sec et l'humide*, 2009). Actualmente, Littell reside en Barcelona.

Con su última obra, *Una vieja historia* (*Une vieille histoire*, 2018), Littell rompe con diversas estructuras: el género y lo lingüístico. Por un lado, se produce un corte en su obra en cuanto a la estructura de las novelas históricas sobre indagación y crímenes para ocupar un lugar particular en la literatura actual. En tal sentido, el autor incursiona en el mundo de la novela erótica. Por otro lado, en cuanto a lo lingüístico, también existe un rechazo por el plano de una lengua impecable o literaria de una mirada olímpica que la distanciaría de sus personajes, pero al mismo tiempo se reconoce la imposibilidad de una completa asimilación.

En los libros actuales de carácter erótico, cuya novedad radica en un fenómeno comercial de banalizar el sexo, se ofrecen pequeñas dosis de transgresión seleccionadas y pensadas cuidadosamente en calidad de la sensibilidad de las masas. No obstante, el sexo, con diferentes significados y

acepciones, atraviesa la historia de la literatura: Sade, Bataille y *Lolita* de Nabokov son solo algunos ejemplos de ello.

En el plano de la narración, Littell presenta un espacio perturbador y seductor de la literatura que posee una trama tan simple como compleja a la vez. Alguien (un hombre, una mujer, un niño, un hermafrodita) sale de una piscina, se ducha, se pone un chándal y unas zapatillas de deporte, corre por un pasillo oscuro, abre una puerta, a veces al azar, entra en un jardín, después en una casa. Esa secuencia se repite, completa o parcialmente, varias veces, dando lugar a peripecias distintas. En tal sentido, se muestra un lugar laberíntico del que es difícil salir. Littell seduce a partir del relato de un sexo que es descripto banalmente y sin tapujos. Un relato contemporáneo erótico que se inclina más por el plano pornográfico y sádico:

Reinaba una enorme confusión de cuerpos; desvestidos del todo o solo en parte, se enlazaban sobre los divanes y la moqueta, abriéndose los unos a los otros en un alegre comunismo salvaje en que los órganos, las manos y las bocas ávidas se imponían a los individuos haciéndolos estallar, revolverse, mezclándolos en una marea de gritos y de suspiros roncós, sacudidos por espasmos irregulares (27).

Ahora bien, ¿cómo interpela el plano de la narración a los lectores? En efecto, el mundo que se presentará toca el plano de lectura dado que produce extrañeza, una sensación perturbadora u ominosa que recorre, al mismo tiempo que desautomatiza la percepción. También, para el lector, es difícil seguir el recorrido del protagonista. Ese “alguien” continúa su camino y cuando el lector piensa que está cerca de él/ella, se vuelve al inicio del sendero. Y cada vez que se entra en un nuevo espacio se encadenan sucesos que, manteniendo elementos comunes (un gato gris, unas manzanas, un cuadro) llevan a historias diferentes: violaciones, orgías, asesinatos, situaciones de guerra, exterminio de prisioneros, juegos eróticos en los que el dolor es inseparable del placer.

Se dijo anteriormente que esta novela es un relato que seduce dado que, a partir de las descripciones, se narra que la temperatura del ambiente se regula

acorde a la circunstancia corporal y a los estímulos sexuales. Esa descripción atrae a la vez que repugna en cierto punto. Sin embargo, mientras lo que causa más extrañeza en el plano de la narración es la descripción y el contacto entre los cuerpos, en el plano de la lectura serán los efectos de desconcierto que produce.

Dicha extrañeza no proviene sólo de los actos feroces a los que se asisten, sino sobre todo de que, buscando las razones y causas a los hechos, resulta difícil que el relato de los acontecimientos no parezca obedecer a cierta lógica. Por un lado, la manipulación de recursos se ve concentrada y expuesta en una novela alegórica, sin trama, ni personajes estables. En efecto, una prosa que ha sido escrita con un ritmo hipnótico. Por otro lado, se tiene tan poco acceso a la psicología de los personajes que cuesta denominarlos así; en cambio, se los presenta como sujetos ausentes realizando acciones repetitivas que parecen arbitrarias.

A lo largo de siete capítulos, un narrador en primera persona va cambiando de sexo y edad (hombre, mujer, hermafrodita o transexual, niño...) da un testimonio, más cercano a lo somático, de sus experiencias de dolor y de placer. En cambio, la ternura, la compasión o el amor, que también están, aparecen sepultados bajo el velo de escenas de calculado naturalismo escabroso. Cada uno de los capítulos reitera los mismos elementos, como ocurre con los cristales móviles de un caleidoscopio. Entre esos elementos hay dos que sustentan la estructura: la piscina en la que se abren y cierran los capítulos, lugar de regeneración, líquido amniótico del que emergen renovados los narradores y los pasillos en penumbra por los que transitan, accionando el pomo de puertas invisibles, acceden a los distintos espacios de experiencia: un dormitorio, un jardín, un salón familiar, las calles de una ciudad o un campo de batalla. En estos pasillos, símbolo de los intervalos entre vivencias, aparece siempre la enigmática *Dama del Armiño* de Leonardo, contemplando un más allá que es sólo una interrogación, la que plantea el arte.

Ciertamente, aunque *Una vieja historia* comparte rasgos repetitivos y convulsivos de otras obras pornográficas anteriores, aquí la cosmovisión es distinta. Si en la novela pornográfica tradicional los cuerpos son máquinas intercambiables para los juegos de placer, en ésta son intercambiables en la vida misma. Lo que hace Littell con estas historias terribles es proponer una óptica distinta, una en la que los sueños y la vida que se realiza en fases de vigilia se comunican entre sí, pero no porque la realidad se vuelva onírica, sino porque lo soñado es tan real, tan propio, que parece ingresar en nuestra cotidianeidad. Y esos mundos que son un continuo, como lo son las habitaciones y los paisajes que transitan los narradores de la novela de Littell, que pasan de la habitación de un hotel en la ciudad a un desierto con sólo abrir una puerta, no albergan individuos que toman decisiones libremente, porque para Littell el *yo* parece ser una construcción casi arbitraria: fragmentos que se unen en una narración, o mejor dicho, partes ensambladas de una identidad. No obstante, ni se es completamente libre ni se sabe por qué se llevan a cabo las acciones. En efecto, los sujetos ni siquiera se esfuerzan en indagar o tratar de entender el mundo, sino que siguen sus impulsos, son inundados por sensaciones y emociones.

De este modo, Littell recrea un espacio laberíntico cuyos rasgos de carácter novedoso en la literatura erótica contemporánea interpelan al lector y permiten que se diluya una experiencia ficticia en una experiencia de lectura. En tal aspecto, lo ominoso de esta novela no está en las violaciones y asesinatos que desbordan sus páginas, sino en lo que dice del mundo de sus lectores: si no existen la libertad ni el *yo*, si lo real no sólo es lo verídico y, en cambio, también es lo que se imagina y sueña, quizá los que habitan una ficción no son los personajes sino los lectores mismos, con su buena conciencia y equipaje lleno de razones y de causas. Al final, se reconoce que esta novela que se puede juzgar de manera apresurada como pornografía literaria no habla únicamente del cuerpo expuesto.